

El terrorismo de ultraderecha y el virus civilizatorio

EL PAÍS, 7 Jun 2025, ANDREA RIZZI

El señor Hichem Miraoui, de origen tunecino, fue asesinado a tiros el pasado sábado en el sur de Francia. La Fiscalía Antiterrorista ha asumido la investigación del asesinato como crimen de carácter racista vinculado a la extrema derecha, primera vez que lo hace desde su creación en 2019. El hombre detenido como presunto asesino había dejado un inequívoco rastro racista e islamófobo en las redes. Días antes, en Alemania, la policía había detenido a cinco jóvenes de la órbita ultraderechista por presuntamente planear ataques contra migrantes o contra adversarios políticos. A finales de abril, también en Francia, un joven maliense fue asesinado a puñaladas en una mezquita.

Se trata de un puñado de episodios — dentro de una serie más amplia— que constituyen una derivada extrema y execrable de la progresiva afirmación de un coacervo de **ideologías nacionalistas y supremacistas**, uno que avanza con fuerza en gran parte del mundo, y en Europa también, desgraciadamente. El galope de ideas que sin mucha finura **exaltan las loas de la civilización propia, pretenden mantener su pureza y dibujan a los otros como amenaza en múltiples niveles** —socioeconómico, cultural, geopolítico— claramente es un caldo de cultivo propicio para el brotar de plantas enfermas, por lo general solitarias, pero también con algunas redes.

Es un síntoma de que **la cuestión civilizatoria está en el centro del devenir del mundo, y de forma peligrosa**. Ello no constituye exactamente la materialización de los oscuros presagios de la teoría del choque de civilizaciones de Samuel Huntington. Mucho —empezando por los bloques civilizatorios definidos por el profesor— no encaja del todo bien con la realidad. Su Occidente, por ejemplo, parece resquebrajado por una división interna, así como el mundo ortodoxo lo es por una lucha fratricida. Pero sí parece innegable que **el concepto de civilización se afirma con fuerza desestabilizadora**.

Vemos, por ejemplo, de forma cada vez más descarada **la defensa de la idea de Estados civilizatorios**. Los EE UU de Trump o la Hungría de Orbán son casos evidentes. Pero, aun sin llegar a ese nivel de cuajo, esa idea avanza en otros lugares del antiguo Occidente. Y en otras partes del mundo esa idea se afirma también de forma inequívoca. La Rusia de Putin invade otro país enfervorizada por un mantra de defensa de su civilización. China reivindica la suya con un aroma de fuerte nacionalismo. Y, así, un largo etcétera. **Esto crea riesgos de choques geopolíticos a escala internacional. Y crea riesgos de violencia en el seno de las sociedades**— sean actos aislados o pogromos—. El orgullo por los mejores logros de una civilización es un sentimiento espléndido. La defensa de un Estado civilizatorio es en cambio una peligrosísima rigidez mental, con grandes visos de acabar resultando en abusos contra individuos inocentes.

En la galaxia ultraderechista europea **hay formaciones que juegan con retóricas deshumanizantes y con subentendidos supremacistas**. Ellas tienen la responsabilidad primaria de alimentar un caldo de cultivo. La derecha tradicional europea, en demasiados casos, tiene la responsabilidad subsidiaria de cerrar los ojos antes ciertas cosas porque necesita a esa ultraderecha para gobernar. Ciertas izquierdas también tienen una cuota de responsabilidad al rasgarse las vestiduras en público mientras fomentan una polarización que en vez de acorralar abre terreno a esos postulados.

Tenemos enfrente una monstruosa hidra, **racismo e islamofobia** de la ultraderecha es solo una de sus muchas cabezas. Se puede desactivar, pero requiere compromiso, entender la dimensión de su peligrosidad y ajustar a ella el grado de nobleza y generosidad con el cual combatirla.